

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID....	Un mes.....	1	pesetas.
	» trimestre.....	2,50	»
	» año.....	10	»

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....	3	pesetas.
	» semestre.....	6	»
	» año.....	12	»

DEJAD HACER, DEJAD MOLER

—Sepa mi señor D. Quijote que todo se va poniendo peor de lo que estaba, y que no veo yo manera de que esto se arregle ni tan bien ni tan pronto como deseamos.

—Pero en fin, tú que estás en tan íntimas relaciones con la gente de gobierno, que casi formas parte de él, con tu compadre Capdepón, sabrás los planes de los ministros y tal..., como dice el polizonte de la obra *El Sr. Joaquín*.

—Pues... los planes... los planes... los planes... los...

—¡Acaba, hombre, no tardes en decir las cosas; vale más que renuncies a hablar, que no que hables con esa incertidumbre! Si es que te está vedado decir los secretos de gobierno, cállate; que no hay cosa más estimable que la prudencia, ni expresión más noble del humano entendimiento que la discreción.

—¿Piensa vuesa merced que yo sé plan alguno y que por deber de guardar secreto no hablo? Pues engañase si tal piensa.

—Vamos, Sancho, más no digas, que ya comprendo la causa de tus vacilaciones; y por Dios que ahora sí que pienso que ganaste en inteligencia y en conciencia, y mucho lo celebro, y no me cansaré de alabarte por esta nueva virtud que ahora tienes, y que nunca, hasta ahora, tuviste.

—¿Cuál virtud es esa que vuesa merced ve en mí y que yo propio no echo de ver por mucho que me miro y remiro?

—No lo echas de ver, porque el mismo resplandor de esa hermosa virtud, que está en tí, te lo impide. Llámase modestia, y muy excelsa es, que sin ella quedan como sin su lustre las otras virtudes; y aun cuando las más grandes tuvieses, como te faltare la modestia, pon que estaría pobre, pobrísima tu alma.

Comprendo que no te atreves a hablar, ó porque los planes de que se trata se te deberán, ó porque no siendo docto en los proyectos que algún sabio consejo haya propuesto al Gobierno, temes ponerte a explicarlos y cometer algún error. Esta es virtud.

—No hay tal virtud ni pienso—¡mal de mi reja y mi pellejo!—que salga nunca de ser lo que siempre he sido y fueron mi padre y mi madre, pecadores, pecador. Trababáseme la lengua é íbaseme la memoria... porque lo que hay es... No sé cómo lo diga; lo que hay... lo que hay...

—Sancho ¡no te burles de mí!...

—Lo que hay es que el Gobierno ni tiene plan ni jamás lo tuvo ni se preocupa en tenerlo. Va por donde las corrientes le llevaren, y salga lo que saliere... Al monte lléveme el macho ó al llano. «Estoy a las que cocieren y venga lo que viniere».

Tanto se me dan calzas nuevas como remendadas, y si sale barbas San Antón, y si barbada la Purísima Concepción. Que vendrá duelo ó bautizo á ello arreglé corpiño». «Que vienen... que van... ¡tantarantan tantarantan! «El pájaro infeliz canta: ¿Que se me dá á mí?

—Calla, ¡los demonios te lleven si no callares! ¡Qué sándios resultan en tu boca los refranes, bien como si con rosas coronaras al asno, ó si echares margaritas á yankées.

—Cada cual habla según la ciencia y conciencia que tiene, lo que en suma vengo á decir á vuesa merced..

—¡Entiendo, entiendo lo que me has dicho! no lo repitas... Dijiste que el Gobierno sigue y sigue marchando allá donde le llevaren las circunstancias, y salga el sol por Antequera.

—Eso es lo que muchos quisieran; vamos al decir, que Romero Robledo no es tan hipocritón como Silvela, pongo por caso; y que en lo de amar á España pienso que no hay quien le aventaje; ha dicho verdad «que herrar ó quitar el banco...»

—¿Tú, según eso, ignoras el lema de D. Práxedes?

—¡Quién puede acordarse ahora de los lemas que ha usado en su vida un progresista!

—Pues el lema de D. Práxedes es *Dejad hacer, dejad moler*. Lema muy parecido, según ya te he dicho otras veces, al de los fisiócratas, unos señores que decían: *Dejad hacer, dejar parar*. Claro es que las sentencias que los tales fisiócratas decían en francés, idioma de dichos señores, lo ha traducido en la forma que ves el célebre Mateo Sagasta, y se encoge de hombros, y se rasca la barba, y rueda la bola.

Tanto les da por la paz como por la guerra á los que son del temple y ánimo de D. Práxedes.

Bien, se si hace la paz.

Si la paz no se hiciera, bien. Encojámonos de hombros y vivamos como vivir nos fuere posible, que luego moriremos.

Es el más agradable y divertido sistema de gobernar. Todo irá como saliere. ¿A qué molestarnos? Razón tenías para sentir temor de decirme lo que pensaba el Gobierno, porque apenas decirlo.

¿Mas es sólo el Gobierno, Sancho?

¿No piensas tú que como el Gobierno están los políticos verdes, blancos, negros, amarillos, azules y de todos colores? Ellos se lanzaron á la guerra...

—Por lo que salga...

—Por lo que saliera se lanzaron contra los yanquis.

Y ahora aceptarían ó propondrían—tal vez mendigarían—tal vez están mendigando, la paz por lo que valiera.

¡Guerra, Sancho! En odio y en amor no se empieza, si no se ha de acabar con toda satisfacción. Guerra el 10 por 100 sobre la propiedad territorial, impuestos sobre la renta, y que vayan los ricos á luchar. No, no se ha empezado aún, y ya tiemblan los populacheros y los politiquillos. ¡Mal andan de entendimiento si piensan que la paz se tiene cuando se quiere, y mucho más si piensan que España quiere la paz! ¡Antes que una paz vergonzosa, la muerte!

MURRIA

¡De tijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!...

Ya sabe la probe

que naica en el mundo me sarva,
que me encuentro malico del pecho,
que día por día las juerzas me fartan,
que lo mesmo que lus sin aceite
poquico á poquico mi vida s'apaga...
Yo me pienso que el mal que m'acora
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...
Por golver á mi tierra tan solo
son toas mis ansias

y, de hallarme tan lenjos, la murria
me corca y me mata!

¡Llévate esa copa,
no me des más agua!...

Pa apagar la sequía que tengo,
me tenias que dar una jarra

d' aquellas tan limpias
que están corgaicas ebajo e las parras...

d' aquellas tan frescas
que gotica á gotica tresmanan!

¡Llévate esas flores,
que es muy fuerte su olor y me daña!

Pa olorcico suave,
aquel que en la güerta de toico se escapa;

d' aquellos rosales, d' aquellos claveles,
d' aquellas alábegas

d' aquellos naranjos, d' aquellos pomposos
jazmineros que visten las tapias!...

¡Quítame esta ropa
que el cuerpo m'abrasa!

Pa ropica aquella tan asolaica...
aquella tan blanca

c'arzaica me tiene mi madre
en lo hondo del arca!

¡Que dolor de caezal!

¡Que se callen tos esos que cantan!
Pa coplicas aquellas tan durces

y aquellas, á veces también tan amargas;
aquellas que paecen queijos de pena,

aquellas que paecen risicas del alma!

¡Me muero! no tengo

ni gelapa siguiá de esperanzal
no es con toico y con ello la pena

qué más m'acobarda,
c'al fin y al remate

¡quien muere descansal!

Mi dolor es morirme tan lejos...
no ver mi barraca...

no ver á mi novia...
no ver mi guitarra...

¡no sentir el calor de los besos
que mi madre llorando me daba!

Yo quisiá morirme

bebiendo aquella agua...
Pué c'aquellas coplicas tan durces

de este sueño mortal m'espertaran...
¡Pué que el olorcico de los azadares

me resucitarán!

Diles que me lleven... diles que me lleven,
aunque llegue ya muerto á mi casa!

c'aquella ropica,
que en lo hondo del arca

arzaica me tiene mi madre,
me la pongan siguiá de mortajal!

que m'abrigue mi cuerpo mi tierra...
¡mi tierra del alma!

VICENTE MEDINA

¡ZAFARRANCHO DE COMBATE!

Es de noche todavía, pero una faja blancuzca que aparece en el horizonte, plateando las cumbres de las lejanas olas, indica que pronto aparecerá el día.

DON QUIJOTE



Parto difícil.



Cría cuervos y te sacarán los ojos.



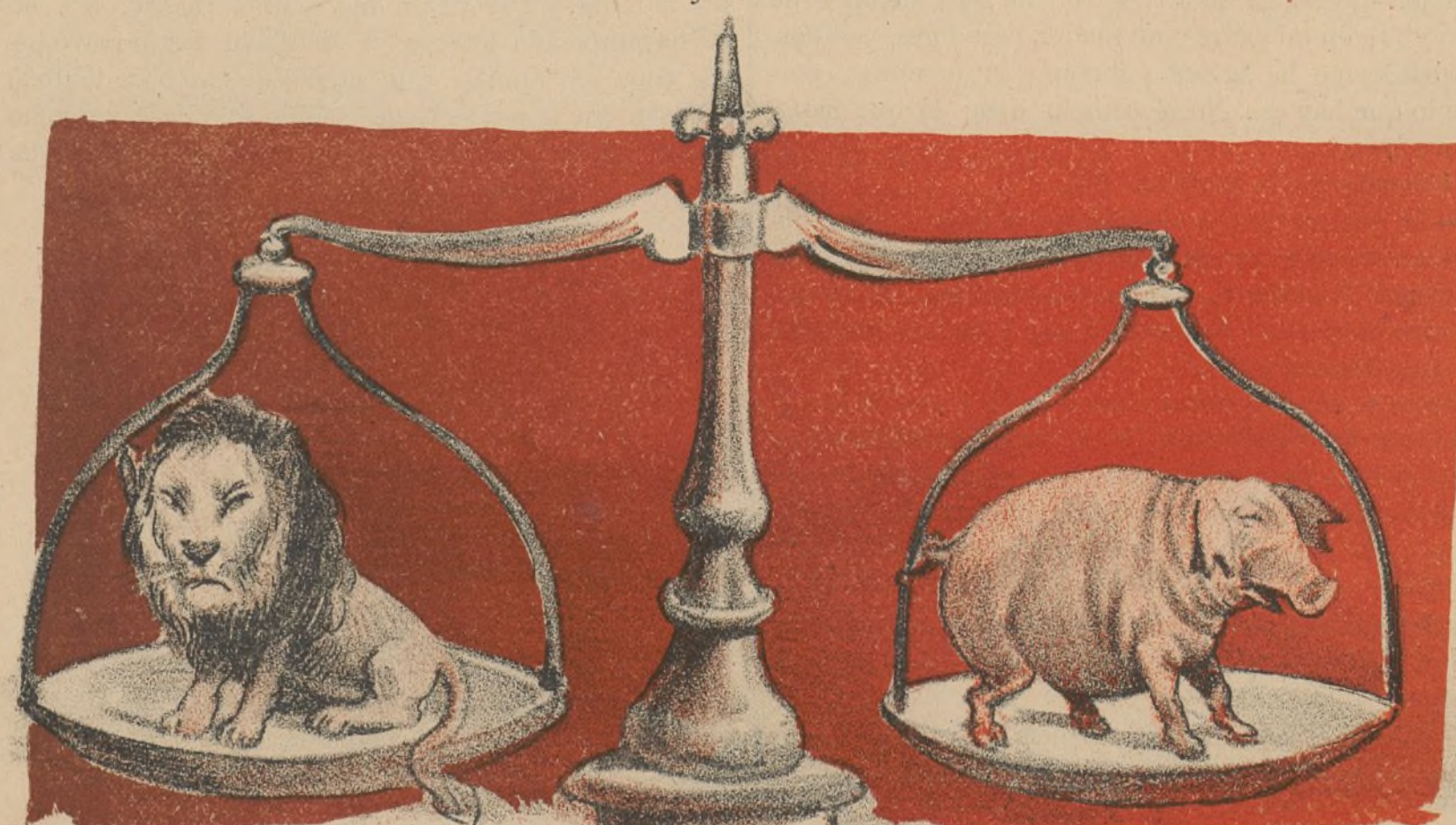
—Ten en cuenta que yo no soy el Gobierno, y á mí no puede hacerme responsable de nada.



¡Y ahora que me entren moscas!



Los españoles siguen en Manila repitiendo la frase de Cambrone.



¿Hacia qué lado se inclinará la balanza?



¡Aquí te espero!



—¿A qué aguardas?

Ayuntamiento de Madrid

Todo parece dormir á bordo del formidable acorazado, cuya masa imponente apenas se vislumbra en la obscuridad. Las hamacas en que reposan los marinos, cuelgan de las viguetas de hierro del entrepuente entre los cañones que alargan sus bocas de acero junto á las portas.

Sin embargo, parte de la tripulación vela; velan los vigías en los mástiles, los hombres de cuarto en el puente, los mecánicos y los fogoneros al lado de las monstruosas máquinas cuyos hornos lanzan llamadas, los timoneles al lado de sus ruedas, fijos los ojos en la bitácora; todos unidos en una idea: la seguridad del monstruo de acero.

Y sobre el puente y en los armeros las carabinas, las hachas, esperan á los combatientes...

De pronto, en la obscuridad de la noche, sobre las negras olas que esmaltan de blanco las espumas, brilla una luz; es el barco almirante que avisa un peligro, y de todos los puntos del horizonte otras luces responden al aviso mudo, pero elocuente, del acorazado.

Inmediatamente suena un silbido que se repite en todos los departamentos del navío: es el zafarrancho de combate; es la orden de disponer al acorazado para el peligro que aún se desconoce.

Los hombres se levantan, las hamacas desaparecen, arrojadas á la cala en un momento, y con ellas todo lo que puede estorbar la maniobra; el barco hace su *toilette* de combate, *toilette* de muerte.

Los contramaestres repiten las órdenes de los oficiales.

Centenares de hombres cruzan el puente, se abren las portas, rechinan las poderosas torres, parece que reina á bordo una espantosa confusión, y sin embargo, cada cual cumple con su deber y cada hombre sabe el punto que le corresponde.

Se abren los depósitos de proyectiles, y los aparatos que han de subirlos desde las profundidades de la cala se preparan á funcionar; en las carboneras, hombres medio desnudos, sudorosos, empujan vagonetas cuya negra carga desaparece en las enrojecidas entrañas de los hornos, mientras los mecánicos, fijos los ojos en el manómetro ó en el indicador que les comunica las órdenes del comandante, regulan la marcha del buque.

Los gavieros con el fusil á la espalda, suben entre la obscuridad á las cofas, unos á vigilar la superficie de las olas procurando adivinar al enemigo, otros á manejar las ametralladoras, dispuestas á lanzar centenares de proyectiles.

En las baterías del entrepuente se cargan los cañones, y en las torres se espera la orden para hacer girar la palanca y fijar la puntería.

Todo está pronto para el combate, y en el puente de mando, apoyado en la pasavela, junto al enorme reflector que inunda de plateada luz las movedizas olas sondeando el horizonte, el comandante, con el anteojo de noche en la mano, espera las señales que le haga el buque almirante para tomar parte en el combate que se prepara.

Y en el silencio que sucede á estos preparativos, hay algo terrible que no pueden comprender ni aun los que han asistido á las más sangrientas batallas campales, porque el poderoso acorazado se bate sobre un abismo, y el herido, al caer, no tiene suyo ni el espacio que ocupa, que tiembla sobre el mar.

LA ESTATUA DE DON QUIJOTE

Sherman, Morgan, Taylor, Woolford, cónsul Lee y demás consortes, legítimos descendientes de aquellos tunos galeotes á quienes dió libertad, por dar crédito á sus voces, el valeroso manchego, siempre bravo y siempre noble. Y tú Mac-Kinley, ó dicho mejor, Ginés Pasamonte, almacén de truhanerías, saco de bajas pasiones, costal de indignas ideas y protector de traidores... Dad cima á la empresa honrosa de unir á síoux y mormones, las privilegiadas razas de mambises é igorotes, aumentando los Estados de la América del Norte.

Mas tened en cuenta yanquis, que si los tiempos imponen la razón y la justicia á la fuerza y los millones, posible es que llegue el día que en el neo-yorkino islote, á la estatua á que habéis dado de *La Libertad* el nombre, sustituya, lanza en ristre, la de nuestro Don Quijote.

JAVIER DE BURGOS.

CONTESTACIÓN A UNA CARTA

(PARA ALEJANDRO LERROUX)

Vuelvo otra vez, mi querido Alejandro, á llorar «á las rejas de tu cárcel».

Y una vez desahogada mi pena en lágrimas, te doy la enhorabuena por tu brillantísima defensa en favor del pueblo.

Bien dicen que el amor ciega. Y el amor ha puesto una venda en tus ojos, y no te deja ver las fealdades de los que amas. ¡Envidiable estado de inconsciencia! Yo quiero de distinto modo que tú; más con la cabeza que con el corazón. Y por eso mis amores con el pueblo son desgraciados y los tuyos son felices.

La pasión no me quita conocimiento—¡mira qué tristeza!—y acaso por eso mis amores sean crueles, y no haya en ellos, como en las tuyos, *flirteos* galantescos ni adulaciones poéticas.

Yo llevo siempre al pueblo con las manos llenas de verdades y prefiero ser su juez á ser su cortesano.

Y por eso he condenado su conducta en las actuales circunstancias, y he dicho, y repito, que no hay redención para aquellos que rien estúpidamente ante la catástrofe, y se encogen de hombros como si no tuvieran nada que ver con ella.

Abandona por unos instantes la región azul del ideal, en que felizmente te hallas, y dime si crees que el pueblo ha cumplido con su deber en estos momentos difíciles por que atraviesa la patria.

Y perdona si arranco la venda que amor ha puesto en tus ojos, y te hago ver las realidades crueles de la vida.

No; yo no quiero discutir contigo, y paso por alto todos los hermosos sofismas con que abrillantas la carta que te has servido dirigirme.

Pero no trates, por Dios, de justificar la pasividad del pueblo; no trates de convencernos y de convencer á él, que ha obrado bien en estas circunstancias.

Los mismos periódicos monárquicos han escrito en sus columnas el trágico *Finis Hispania* ante los desastres de Cuba y Filipinas y mientras tanto nosotros—y ahora no hablo sólo del pueblo, sino de los republicanos en general—hemos presenciado impasibles los unos, protestando muy débilmente los otros, muy débilmente, la consumación de la catástrofe.

Todos hemos desertado del puesto del deber. Y hay que decirlo, duela á quien duela y pese á quien pese. La verdad ante todo, por dura y mortificante que sea. ¿No te parece que ya es hora de que cada uno diga lo que siente, y nos dejemos de falsos convencionalismos?

Y pongo fin á esta carta, que imposiciones de la cortesía me han obligado á dirigirte, pidiéndote de nuevo perdón por haber ido á las rejas de tu cárcel á llorarle desengaños y tristezas.

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

Se han cerrado las Cortes y ha terminado la temporada taurina.

¡Dios mío! ¿y qué va á ser ahora de nosotros sin los discursos de Capdepón ni las largas del Guerrita?

¡Ah! ¡Qué bien dijo aquel que dijo que la vida no era una novela!

Esa cruz que siempre llevas sobre tu pecho colgada, ¿la traes para que el diablo al verla no entre en tu alma, ó por si ya se halla dentro... al ver la cruz, que no salga?

La vida de Auñón.

Se despierta á las ocho, estira las piernecitas, bosteza y pide el chocolate.

Después se levanta, oye media docena de misas y se va al ministerio.

«Una vez allí», lee la prensa, se indigna con los «papeles públicos», porque no le llaman genio, reza el rosario, y construye varios barquitos de papel.

Cansado de tan improba labor, pide el coche, y va á conferenciar con Sagasta.

Almuerza.

Duerme una siestecita.

Hace la novena del Carmen.

Vuelve al ministerio, é ilumina un dibujo de Caula.

Telegrafía á Comillas.

Molesta nuevamente á Sagasta.

Pasea un ratito en coche.

Redacta varios sueltos para *La Correspondencia*.

Come.

Reza otro rosario.

Habla por teléfono con Sagasta.

Se acuesta á las once.

¡Y hasta el día siguiente á hacer la misma vida! Razón tiene la gente al decir:

—Ese hombre no descansa ni deja descansar á nadie!

Es ya cosa decidida que los yanquis vendrán á visitarnos á la Península.

—¡Si ya lo decíamos nosotros!

Todo es que se les ponga en la cabeza.

Y ya verán ustedes como el día menos pensado nos encontramos «dolorosamente sorprendidos» con la llegada de Watson á «aguas menores» de Madrid.

—¿Qué fuma usted? D. Servando.

¿Filipino?

—No, Gabino;

el tabaco filipino otros se lo están fumando.

—¿A dónde vas?

—A comprar

Colonias.

—Pues corre, Antonia, porque no vas á encontrar, si tardas mucho, Colonias.

Ya está terminada la espada que los integristas van á regalar á Polavieja.

¡Rabiemos de celos aparte!

¡Y nosotros que no pudimos obsequiar con un revolver de honor al heroico general Primo!

Según *El Liberal*, el Gobierno está «á lo que sale».

¡Menos mal!

Porque nosotros creíamos que estaba «á lo que entrare».

Y siguen los sacrificios.

El Sr. Puigcerver se halla resignado á continuar desempeñando ó empujando la cartera de Hacienda.

También el Sr. Gamazo hace el sacrificio de seguir encargado del papel de ministro de Fomento.

¡Pero qué hombres estos fusionistas!

¡Qué abnegación la suya!

¡Cómo se sacrifican por el país!

Lo que decía ayer un diputado de la mayoría:

—Puigcerver y Gamazo son los Daoíz y Velarde de estos tiempos heroicos.

DE LITERATURA

EL NATURISMO

Para Miguel Sawa.

La juventud francesa, amigo mío, tiene un jefe, un jefe que frisa en los treinta años, y que ha escrito ya en prosa y verso cinco bien pensadas obras. Pensadas digo, porque escribir no es improvisar, sobre todo cuando se funda escuela, como la ha formado Georges de Bouheller.

De éste hablo: del autor de *Victoria*, estrenada la otra noche en *l'Oeuvre*, y acogida con muy diversas manifestaciones, porque aquí también hay rivalidades y miserias y envidias, aunque menos violentas que esas que sufrís ustedes—yo no, ¡qué deliciosa sensación de egoísmo!

Bouheller publicó primeramente su *Resurrección de los dioses*, teoría del paisaje; su *Vida heroica de aventureros, poetas, reyes y artesanos*, teoría de patética (dos volúmenes). Publicó después su *Invierno en meditación ó pasatiempo de Clarisa*, seguido de un opusculo sobre Hugo, Wagner, Zola y la poesía nacional. Después sus *Conciertos campesinos*. Por último, su *Victoria*, drama en cinco actos, complicado en la acción, á veces cándido, á veces hermosísimo, con versos que tienden á trastornar la forma poética, y con ideas que se encaminan á consagrar el amor á la patria.

El *Naturismo*. En mi concepto, el naturismo es una derivación de la escuela romana de Moreas, de Raymond de la Tailhède y de Charles Maurras. En esa nueva escuela poética forman Eugene Montfort y Maurice Le Blond. El primero es autor de una novela lírica, *Silvid*, estudio de emociones apasionadas. El segundo ha expuesto en un volumen, *Ensayo sobre el Naturismo*, las teorías de su escuela.

¿Cuáles son esas teorías? La emoción es preferible á la observación; he aquí el principio.

Y luego dice Bouheller: «Al culto del individuo, de su pensamiento y de sus ambiciones, opongo yo el culto del héroe que trabaja». Esto es, que los personajes del naturismo no son legendarios ni alegóricos; tienen por ambiente los mercados, las fraguas y aun los talleres; muévense en la tarea augusta de abrir surcos para sembrar el germen, de amasar el barro para cubrir las chozas, de acomodar el hierro golpeando sus barras enrojecidas por el violento y misterioso fuego.

El naturismo tiene por precursor á Verlaine, el cual menospreció la escritura artística «y nos libró literariamente de la influencia romántica y parnasiana, mediante su gracia impresionista y el encanto realista de su obra, y sobre todo, porque cantó constantemente la vida.» «Los nuevos clásicos Baudelaire y Gautier apenas han hecho otra cosa que extraviar el alma contemporánea por el camino de un ideal de excepción y apatencia». Ni Mallarmé ni Huysmans agradan á la nueva escuela. El autor de *En route* es un psicólogo impertinente y sin pasiones, escritor árido, de fáciles monografías delirantes, de realismo grosero, fatigoso, falto de sintaxis.

Vemos, pues, que el naturismo no es el naturalismo, ni el parnasianismo, ni el alegorismo, ni el simbolismo. Charles Maurras dice que es como un eco de Diderot algo modificado por la preocupación filosófica. Esta preocupación es el resultado de un gran culto al Maestro, al gran Jean-Jacques Rousseau, antepasado venerable en la amorosa sumisión á la Naturaleza.

¿Que pronto surgirán en España imitadores de estos jóvenes? Puede ser; eso entra en el «vasallaje literario, indiscutible y humillante» en que los españoles estamos, según nos lo echa en cara Richard.

¡Si á lo menos esos imitadores se contentasen con lo de ser vasallos! Pero ya verá usted, querido amigo, como hay más; ya verá usted cómo son vasallos ridículos.

J. L. LAPUYA.

París 26 de Junio.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apoda 18.